

de reglar el poder político, es establecer la regla de la division igual, y quitar las obstáculos para la enagenacion de la propiedad. Si el pueblo escoces y el ingles conservan todavía los mayorazgos y vinculaciones, reliquias de las instituciones feudales, los americanos tenian razon en todo evento, para creer que la abolicion de esas leyes era necesaria para que funcionen sus propias instituciones.

M. Malthus y el Doctor Chalmers han emprendido la vindicacion de esas leyes. El último ha ido hasta decir, que el gobierno debia proveer de medios á los hijos menores para impedir que llegasen á ser ociosos y vagamundos. Hay hombres que no se permiten mirar bastante lejos en el porvenir; y hay otros que viendo bastante bien los sucesos futuros, se contentan con sacrificar la noble ambicion de ser útiles á la humanidad á las opiniones que prevalecen entre la clase dominante en la sociedad. Puede ser difícil deshacerse de esas leyes ahora (tal vez al ensayarlo se hallaria que lo es menos que se imagina); pero es cierto que si hubiesen prescindido de ellas desde dos ó tres siglos ha, la consecuencia habria sido una division de la propiedad, en todos los estados europeos, semejante á la que existe en América, y que se habria elevado el grado general de comodidades, el freno preventivo de la poblacion se habria reforzado, y el pueblo habria sido mas fuerte y mas feliz.

Francia y Bélgica han introducido la regla de la division igual, y no veo que de ello se hayan seguido malas consecuencias, sino lo contrario. Mr. Malthus cree que la division de la propiedad creará una raza demasiado débil para hacer frente al trono y la aristocracia. Pero porque la propiedad de uno que muere intestado, ó de un testador, se divida entre sus hijos, no se sigue que no se conservará algo que se aproxime á una division igual de la propiedad. El efecto de los mayorazgos y vinculaciones, es acu-

mular la propiedad en manos que pueden hacerla ó no productiva; y el efecto de su abolicion es dar seguridad de que siempre que tal acumulacion tiene lugar, por compra ó como recompensa de la industria y el espíritu de empresa, redundará cuanto sea posible en bien de la riqueza general.

Hay toda especie de razones para creer que el estado llano (*tiers état*) en Francia, lejos de debilitarse como un cuerpo en virtud de estas leyes, se ha elevado en la escala del poder. Lo cierto es que la opinion popular nunca ha sido tan fuerte como ahora (en 1847): la abolicion de la calidad hereditaria de los pares, y la formacion de una constitucion escrita, son pruebas incontestables de esto. En Inglaterra todavía tienen recelos muchos individuos ilustrados: no estan bastante tranquilos respecto de las consecuencias de tan gran cambio, aunque creen que es ventajoso en muchos respectos. Con frecuencia lamentamos en secreto los males que nos persiguen en la vida pública y en la privada: tal vez por esta misma razon los halagamos, y aun tomamos un aire de indiferencia y contento, para vengarnos de ellos. Pero el tiempo y la reflexion nos inducen al fin á arrostrarlos, armados completamente, y entónces ellos se disipan como la neblina de la mañana.

He intentado solamente pasar la vista sobre algunas pocas de las diferencias que hay entre las instituciones europeas y las americanas, como una clave para conocer la influencia que la legislacion americana ha ejercido, y es probable que ejerza sobre el viejo mundo. Unos pocos ejemplos bastan á dar materia para pensar, y para dar al lector ocasion de recordar muchos otros.

Acaba de suceder justamente en Escocia un caso notable: consiste en la introduccion de lo que en América se llama *principio voluntario* en religion. Al frente de este movi-

miento se halla Chalmers, quien á pesar de sus razonamientos en favor de los mayorazgos y vinculaciones, toma la direccion de lo que indirectamente ha de debilitar el apoyo que aquellas instituciones tienen en el espíritu público: porque todas las instituciones de la sociedad, que de algun modo tienen una especie de afinidad, se hallan en íntima conexión, y lo que contribuye á debilitar ó reforzar una, tiene el mismo efecto sobre todas. Introducir naciones liberales é ilustradas sobre algunas de estas, y al mismo tiempo resistir vehementemente su influencia en otras, es, por tanto, ir contra el fin que nos proponemos, y neutralizar el bien que hacemos con el mal que dejamos detras. Indudablemente, una de las razones de que las congregaciones americanas puedan compensar tan liberalmente á sus ministros del culto, es porque la abrogacion de todas las leyes que encadenaban la trasmision de la propiedad, ha dado insólita energía á las empresas individuales, y aumentado el número de los que se hallan en circunstancias independientes.

En la época de la revolucion americana, casi todos los estados tenían un establecimiento eclesiástico semejante al de Inglaterra y Escocia. Uno de los frutos de la revolucion fué la introduccion del sistema voluntario. El plan era nuevo: en Europa se pronosticó la decadencia de la religion; tan impotente es el alma para formar sus conclusiones cuando se le deja sin el auxilio de la experiencia. En los Estados Unidos se presta mas apoyo á la religion que en cualquier estado europeo, excepto la Gran Bretaña. Los sectarios religiosos son casi tan numerosos como los electores, y el órden y la moral pública se conservan tan bien como en cualquier otra parte del mundo.

En Francia, la desproporcion entre católicos y protestantes es mucho mayor que en la Gran Bretaña; y sin embargo

se ha prescindido del plan de establecer una iglesia del estado; todas las sectas estan sobre el mismo pié. Pero como el gobierno paga el clero, esto puede solo considerarse como un paso, aunque muy importante, hácia la completa cesacion de toda conexión entre la iglesia y el estado.

La iglesia católica fué principalmente el instrumento para formar la civilizacion moderna. Si ha llegado á corromperse, ha sido á causa de la supremacia absoluta que consiguió. Para impedir una corrupcion semejante á la iglesia protestante no hay mas medio que poner sobre el pié de igualdad á todas las sectas.

Sin embargo, la revolucion consumada en Escocia es á propósito para llamar la atencion de los estadistas y de los hombres religiosos. Ha sido general en Europa la opinion de que el pueblo no es capaz de cuidar ni de sus intereses políticos, ni de los religiosos. Si el experimento hecho en Escocia tiene buen éxito (de lo cual no hay la menor duda), los hombres ilustrados se convencerán de que el *self government* no es impracticable en negocios políticos ni religiosos.

He oido decir á personas de muy buen sentido, que el principio voluntario era nugatorio en su accion por lo que respecta á la eleccion de los ministros del culto; y que no hay congregacion en América en que el nombramiento no sea determinado por la influencia de un corto número de personas. Pero el convencimiento que estas tienen de que está en poder de la congregacion desatenderlos, impedirá siempre que abusen de su influencia. No puede suceder, como en Escocia, que ministros altamente desagradables á las congregaciones les sean impuestos precisamente porque son desagradables.

La educacion popular es otro de los intereses públicos,

sobre los cuales es probable que la América ejerza una influencia importante en Europa. No se harán tal vez cambios materiales en el plan de instruccion. Pero la verdadera idea de la educacion popular es, que el sistema sea administrado por el pueblo y para el pueblo; en otros términos, que el manejo por el pueblo es un elemento principal en el plan de educacion popular.

América presenta una ilustracion práctica de la estrecha conexión que hay entre la educacion y el gobierno; pero sucede esto, porque la educacion es en todo de carácter popular. Siempre que un gobierno monárquico se arroga toda autoridad, y establece un completo sistema de centralizacion, el bien que se ha ideado para la juventud es deshecho en gran parte para los hombres formados. Si no puede completarse el sistema de educacion popular hasta que no se han establecido instituciones libres, este es un argumento en favor de su establecimiento, y no en contra de él.

Llamamos ordinariamente un plan de instruccion popular el que se adapta á las almas jóvenes; pero si él no es seguido por un sistema que inspire independencía de pensamiento en la vida posterior, las facultades y conocimientos que se adquirieran en las escuelas llegarán á ser inertes é infructuosos. Los gobiernos de Prusia, Dinamarca y Holanda pueden continuar con sus bien ideados planes de educacion por un periodo indefinido; pero si su juventud no puede aplicar sus conocimientos al entrar en el mundo, jamas pueden llegar á ser ciudadanos tan ilustrados como los hombres de la Nueva Inglaterra ó de Nueva York. Sin embargo, no es improbable que el sistema de educacion que prevalece en esos paises cambie gradualmente las instituciones políticas. Ya uno de ellos ha convertido su gobierno en constitucional; y hay sintomas claros de que los otros dos estan en vías de hacerlo.

América es, sobre todos los otros, el pais de las asociaciones privadas. Estas han existido ántes en todas partes; pero nunca se han aplicado á tanta diversidad de objeto como en los Estados Unidos, y casi invariablemente estan en conexión con alguna clase de influencia en la iglesia ó el estado. En América son enteramente de un carácter popular, y son, por consiguiente, mas efectivos y numerosos que en cualquiera otra comunidad. Ellas suplen la falta de ocupacion de las facultades mentales que siente el hombre despues que sale de los establecimientos de educacion; y la disciplina que imparten sirve para preparar los hombres para el teatro de la vida política. En cada estado abundan sociedades religiosas, de benevolencia, políticas, literarias é industriales; y puede considerarselas como baluartes contra la corrupcion de las costumbres, las usurpaciones del gobierno, y la decadencia de la libertad popular por todo el tiempo venidero.

Si yo desease formar un plan por el cual pudiesen conciliarse la libertad individual, y los intereses generales del pueblo con la justa autoridad del gobierno, me ocuparia en poner en planta la formacion de asociaciones privadas. Nunca es tan capaz el gobierno de ejercer y conservar la influencia que de derecho le corresponde, como cuando los ciudadanos se someten voluntariamente á una disciplina, cuyo efecto es extender los conocimientos, la industria y la benevolencia por todo el pais. Se ha dado al presente el nombre del siglo de la licencia; y él menos que ningun otro merece tal nombre. Ni seria esta verdad tan caracterizada, si la venalidad y el vicio que existen, no se viesen en contraste con tantos y tan notables monumentos de benevolencia y moralidad. Bastan estas asociaciones, que estan surgiendo en todos paises, para vindicar al siglo de tal imputacion. Ellas indudablemente no exterminarán nunca el vicio

y la ignorancia, pero ayudarán poderosamente á ponerles límites.

No hay necesidad de inquirir si otros países han tomado de América la noción de las asociaciones populares. Importa al presente ocuparse mas bien de la difusión de esa institución, y de su aplicación á nuevos é impensados objetos, que del origen de ella. Las varias formas que estas asociaciones han asumido en los Estados Unidos, y los multiplicados beneficios que de ellas han emanado, las han hecho populares en el exterior, y verdaderamente han causado una profunda impresión sobre los espíritus en Europa. Mr. Pitt logró suprimir en Londres una sociedad que discutía sobre los negocios públicos, en un tiempo en que tales sociedades existían en toda ciudad de América.

El ejemplo que ha dado la América, tratando de que la paz sea la política permanente del país, está destinada á ejercer una grande influencia sobre las comunidades europeas. No hay prueba mas inequívoca de una sana y saludable condición de la sociedad, que una repugnancia general á empresas guerreras. Este estado de los sentimientos indica muchas cosas.

Primera. Que existen hábitos de reflexión entre clases del pueblo que antes se creía que carecían de ellos.

Segunda. Que prevalecen nociones mas exactas de justicia y moralidad, que las que han sido populares usualmente.

Tercera. Que la población es tan adicta á las tareas de la industria, que hace la guerra incompatible con sus mas llanos intereses.

La guerra que acaba de estallar, parece contradecir estas vistas; pero ella suministra la mas completa ilustración de su verdad; porque jamas se ha visto, en la historia de ninguna nacion, tan enérgica y general mani-

festación del sentimiento público en oposición á empresas militares.

La guerra estalló sobre el pueblo cuando menos lo pensaba. Fué un paso falso en política, fácilmente reparado, y que no se repetirá nunca otra vez. Ni habria durado la contienda un solo mes, si pudiese haberse procurado la paz. Pero habiéndose empezado, y rehusándose las proposiciones de paz, no á todos ocurrió generalmente que no habia otro modo de proseguirla que, segun el plan de la vieja costumbre, infligir fuertes golpes al enemigo para traerlo á términos. Han estado los americanos acostumbrados por tan largo tiempo á las artes de la paz, y tan deshabituados á la armadura militar, que era natural que prosiguiesen la guerra sobre los mismos principios que han seguido otros estados civilizados. Pero lo que yo deseo mencionar particularmente es, que el conflicto no existía sino habia siete meses, y ya se proponía un nuevo sistema de operaciones, abandonando todas las nociones de la guerra ofensiva, y aun de la defensa: ocupar la línea tomada como límite entre los dos estados, y concentrar exclusivamente en esa dirección la pequeña fuerza militar que fuese necesaria. Este plan fué propuesto aun por un militar, que ha desplegado gran genio para la guerra, y cuya ambición é interés parecería que concurriesen á prolongar la contienda. Esta es la prueba mas completa de que yo tenga noticia, del modo como el carácter del soldado está absorvido por el del ciudadano en los Estados Unidos. Este plan es un genuino indicio del genio y disposiciones del pueblo americano. Él ha hecho una profunda impresión sobre los hombres de todos los partidos y clases, y servirá de instrucción en cualquiera dificultad futura en que el país pueda encontrarse empeñado.

No conozco espectáculo mas sublime que el que se presentó cuando estaba pendiente la controversia sobre el Ore-

gon : los mensajes dirigidos de todas partes de la Gran Bretaña al pueblo americano en favor de la paz. Mr. Pitt y sus inmediatos sucesores se esforzaron en hacer de la guerra la ocupacion habitual del pueblo; los Estados Unidos trabajaban en la misma época en madurar un plan de administracion que hiciese de la paz la fija é inflexible política del país. Nunca se ha seguido antes este sistema por ninguna nacion civilizada; y no puedo dejar de pensar que, desde que se vieron distintamente los frutos de esa política en la prosperidad sin ejemplo de los Estados Unidos, ella haya ejercido una gran influencia sobre los estados europeos. La política de Pitt ha perdido terreno; se la considera no solamente viciosa, sino como que ha pasado la moda de ella, lo que es de mas consecuencia por lo concerniente á las costumbres. En Inglaterra, Escocia y América, las sociedades de la paz hicieron los mas nobles esfuerzos para conservarla, durante la última dificultad. Puede decirse que las masas, la poblacion sustancial en ambos paises, se ligaron por una especie de inteligencia tácita, para impedir á sus respectivos gobiernos hacerse la guerra.

No es difícil comprender la causa de la gran influencia que la América ejerce sobre Europa; y es igualmente fácil saber el modo como obra. Cuando vemos que cien mil europeos llegan anualmente á los Estados Unidos, sabemos que el solo atractivo que los induce á venir no es la tierra baldia; sino que el ruido de las instituciones americanas se ha oido en el exterior, y que su influencia ha obrado sobre millones, que aprovechan toda oportunidad para refugiarse bajo el amparo de esas instituciones. No percibo que esas gentes se adhieran á los hábitos y preocupaciones en medio de los cuales se han criado; sino que, al contrario, se congratulan de verse libres de su influencia; y que los mas inteligentes y de mayor nota adquieren nociones america-

nas, y prestan un pronto y cordial apoyo á las instituciones del país : entonces me convengo de que es América la que influye sobre Europa, y no esta sobre aquella.

Los canales por donde esta influencia se ejerce son tan numerosos, que seria difícil contarlos. Hay probablemente dos millones de personas en los Estados Unidos, que tienen parientes, amigos ó corresponsales en Europa. Si viesemos las comunicaciones epistolares que constantemente tienen lugar entre ellos, y pudiésemos leer la descripción viva y sencilla que se les hace frecuentemente de las instituciones americanas, podríamos formar una idea mas completa de la influencia que ejercen. Esto bastaria para aclarar el misterio y hacernos comprender, no solamente porque tan grandes multitudes son atraídas á las costas de América, sino porque es tan profunda la impresion que recibe la poblacion que queda atras.

Necesariamente, la correspondencia comercial es inmensa; y las cartas sobre negocios no pueden escribirse sin dar muy frecuentemente un conocimiento del curioso mecanismo por medio del cual se ha abierto tan vasto campo á los trabajos del hombre, y tal masa de industria libre se ha puesto en movimiento. Esta especie de correspondencia, solamente sirve para confirmar las reflexiones y conclusiones que contienen las cartas escritas expresamente para dar informes; y los europeos naturalmente se preguntan uno á otro, ya en secreto, ya en alta voz, ¿por qué razon, si tanta prosperidad y tanto orden son el fruto de las instituciones libres en América, las mismas instituciones no habian de funcionar con el mismo resultado en Europa, supuesto que los americanos no son sino europeos naturalizados, ó descendientes de europeos? No hay otro ejemplo de *self government* que el de este país; y la conclusion clara que de aquí se deduce es, que son las instituciones las que han hecho de esos

hombres lo que son. Pero desde que los hombres del viejo mundo empiezan á preguntarse unos á otros, aunque sea en secreto, sobre las causas que han dado origen á esta nueva forma de sociedad, es claro que se ponen bajo el poder de una influencia de que despues no pueden escapar. Es evidente, en mi concepto, que entre los europeos ha tenido lugar un importante cambio en el modo de pensar sobre estas materias; pero es imposible calcular la suma precisa de influencia que puede ejercerse sobre las instituciones políticas.

Tambien se ha dado á conocer la América en Europa por libros de viajes. En los últimos veinte y cinco años, los viajeros han sido incomparablemente mas numerosos en los Estados Unidos, que en ningun período precedente. La mayor parte han sido hombres de preclara inteligencia, y son precisamente los mas ilustrados los que mas justicia han hecho á las instituciones americanas. Al frente de los hombres de esta clase, y á la verdad al frente de los pensadores europeos, está De Tocqueville, quien, como Platon, visitó una tierra extranjera solamente en busca de instruccion, y quien al bello genio de Platon reune la severa analisis y la calma observadora de Aristóteles. Con facultades de generalizacion, en el departamento de la filosofia politica, absolutamente sin rival, halló el hilo de las instituciones americanas, y enseñó á los europeos á verlas bajo un aspecto totalmente diferente del á que habian estado acostumbrados. Les enseñó que esas instituciones ni debian ser desdeñadas como alguna cosa grosera y familiar á la humana inteligencia, ni vistas como una alarmante paradoja en materia de gobierno. Escribiendo para Europa, no para América, comprendió lo grave de la tarea de que se habia encargado; y concibió prontamente que, á pesar de que no pueden las instituciones echarse á tierra en un dia, pueden

insinuarse gradual y provechosamente á los hombres verdades de que no podria persuadirseles directamente, si se les presenta una exposicion sabia y delicada de la materia, mezclada ocasionalmente con dudas respecto del carácter absolutamente intachable de las instituciones americanas. Esta obra ha tratado la materia con un peso y autoridad que ninguna otra posee, hablando de las instituciones de un país extranjero.

Los libros americanos han contribuido á la influencia que los Estados Unidos ejercen sobre la Europa. Aunque estas obras, en su mayor parte, no se dirigen al espíritu filosófico, están calculadas para tener una gran circulacion en la clase general de lectores. Las obras históricas, estadísticas y económicas dan un claro conocimiento del modo de obrar de la sociedad americana. Son de muy fácil comprension para la generalidad de los lectores, y sin embargo, abren un ilimitado campo de investigacion á las mas profundas inteligencias. En la historia del espíritu humano hay ciertas pausas, que él hace, dejando de filosofar y especular por un tiempo, para poner en órden el vasto cúmulo de materiales que ha recogido en el intervalo. Uno de esos periodos fué el siglo anterior á Bacon, y el presente es otro. La revolucion hecha por aquel grande hombre en el modo de filosofar, ha abierto una serie de investigacion en las ciencias físicas, y ha dado impulso á todos los otros ramos del saber. Todos los ha conmovido, pero sin embargo, no ha perfeccionado ninguno. Infinidad de ideas estan flotando perpetuamente en la mente, sin que se le haya dado tiempo para ordenarlas y reunir las en un todo. La literatura y la filosofia del siglo presente, de un carácter eminentemente tentador, y superabundantes en materiales para pensar, hacen probable que nos hallemos en visperas de una revolucion intelectual semejante á la del siglo diez y siete. Puede ser, que solo sea el

preludio de esa revolucion el carácter superficial de la literatura que prevalece en América, y en Europa en alguna extension, tratando algunas veces de puros hechos, y otras aventurándose á especulaciones las mas misteriosas y caprichosas. Creo que cualquiera que fije un poco su atencion sobre el carácter mental de una clase de lectores muy numerosa, tanto en América como en Europa, descubrirá que hay en accion en ellos algo mas que el deseo de disipar el fastidio, ó adquirir una porcion respetable de instruccion; y que aunque la superficie de la sociedad no da muestras de nada positivo, nunca ha habido una época en que el alma humana se hallase tan profundamente removida.

El rango á que se han elevado los Estados, como una de las tres grandes potencias de la cristiandad, ha investido á las instituciones americanas de una especie de prestigio, que les da un titulo incuestionable para ejercer influencia en el exterior. No se proclama grande á una nacion, lo mismo que á un individuo, sino cuando es capaz de mover la voluntad y las inteligencias de otros. El gran peligro que hay es, que la voluntad arrastra la inteligencia, y que una nacion infiel á sí misma, se empeñe en actos de violencia inconsistentes con su propia prosperidad, y con el bien estar de la humanidad en general. América no ha caido hasta ahora en este lazo: la paz la ha hecho poderosa y próspera; y ademas no le seria posible conservar sus libres instituciones, á menos que la paz sea su política cardinal. Puede haber interrupciones ocasionales de ella; pero pronto será tal su ascendiente, que la pondrá fuera del alcance de aquellas, si está en guardia sobre sí misma. Lo que mas deseo inculcar es, que la paz como la política habitual del país, como la que adopta por eleccion, es indispensable para el goce de la libertad genuina, y para conservar esa grande influencia que ejerce sobre Europa. Un individuo no fortalece su natura-

leza moral é intelectual para dar rienda suelta á sus apetitos. Lo mismo sucede con una nacion que piensa en sus verdaderos intereses. La mayor suma de poder que una nacion puede adquirir, nunca es mas que el suficiente para poner en movimiento los resortes de la mejora interna, y dispensar las bendiciones de la civilizacion á su propia poblacion; de manera que la influencia de una nacion en el exterior, nunca es tan grande, como cuando menos se ocupa en afirmarla, y consagra todos sus esfuerzos al desenvolvimiento de sus propios recursos.

Al hacer una reseña de los cambios que han tenido efecto en las leyes, costumbres y organizacion social de los Estados europeos, no es posible decir cuanto se debe á la influencia separada de América. Es, sin embargo, muy notable que todos se hayan aglomerado en el espacio de los últimos cincuenta ó sesenta años; y por esto, aun á falta de hechos definidos sobre que basarnos, siempre habria motivo para presumir que la influencia de América ha tenido gran parte en efectuar todos estos cambios. En realidad, las comunidades europeas se hallaban adelantadas cuando se estableció la forma de gobierno americana; porque el progreso de la industria ha dado impulso á las luces, y la difusion de estas ha ido levantando paso á paso la poblacion á un nivel mas elevado, y haciendo que los hombres conozcan mejor sus derechos é intereses. No disputaré con el lector europeo, si hay alguno que crea que hay exageracion en estas páginas; teniendo la confianza de que, reflexionando un poco, adoptará las mismas vistas, y de que lo que al principio miraba como una exageracion, será solamente considerado como un esfuerzo para hacer mas claras verdades que en sustancia se hallan exactamente demostradas.